

EL
CARPINTERO
Y LA
LLUVIA

CICLO DE DRÍMAR 1

RODOLFO MARTÍNEZ



S
FORNILLA

Juanmi 10

EL CARPINTERO Y LA LLUVIA

(Ciclo de Drímar /1)

RODOLFO MARTÍNEZ



Primera edición: Abril, 2010

© 2010, Rodolfo Martínez

© 1993, Rodolfo Martínez por «La carretera»

© 1995, Rodolfo Martínez por «Un agujero por donde se cuele la lluvia»

© 1998, Rodolfo Martínez por «El alfabeto del carpintero»

Ilustración de portada: © 2010, Juan Miguel Aguilera

Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Revisión de texto: Antonio Rivas

Revisión de maqueta: María Luisa Cuesta

ISBN 10: 84-613-8976-6

ISBN 13: 978-84-613-8976-6

SPORTULA

www.sportularium.com

sportula@sportularium.com

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo del autor.

Esta es para Phil

La carretera

El camino sigue siempre adelante. No recuerdo quién dijo eso. Pero es cierto, sigue sin detenerse, siempre recto, estrechándose con monótona lentitud en el horizonte. Sigue y no se detiene. Tampoco yo.

En estos momentos me rodea el desierto, arenas calcinadas y un sol abrasador a ambos lados de la Carretera. Todo llano, como un mar oxidado y sólido. Apenas un par de horas antes, árboles inmensos dejaban caer sus ramas flácidas en el asfalto (si es que esta materia alienígena es asfalto; al menos se comporta como si lo fuera). Luego, todo rastro de verde desapareció, el aire se volvió seco y ardiente y el desierto se extendió ante mí. Por años que viva nunca me acostumbraré. Es lógico, al fin y al cabo, este mundo no fue diseñado para humanos, ni por ellos.

Ayer encontré algo que parecía una gasolinera. Quizá lo fuera, quién sabe. No me detuve mucho; después de todo, mi misión no es contemplar el paisaje, sino simplemente recorrer esta Carretera diseñada por un ingeniero chiflado de origen alienígena que envuelve el planeta de un extremo a otro como la cinta de un regalo de cumpleaños. Eso dicen, al menos. Si lo supieran de verdad yo no estaría aquí, a bordo de un ataúd metálico en el que apenas quepo. La mayor parte del espacio es para el combustible y las provisiones. La Compañía deja caer de vez en cuando balones de hidrógeno y contenedores con comida o repuestos para el turbojet, pero algunos no llegan al suelo, o lo hacen fuera de la Carretera. Y no puedo abandonar la Carretera. Ya lo he intentado. El maldito cacharro se negó a girar. Puedo acelerarlo o pararlo, hacer que se deslice más alto o más bajo, pero siempre dentro de la Carretera, siempre limitado a esta cinta gris que reverbera como un lago sucio en las zonas de calor.

Estuve contemplando la gasolinera unos instantes, antes de seguir. Había un vehículo vacío parado junto a ella. No vi a sus ocupantes por lado alguno. Esperé un rato pero no aparecieron. Se oyó un crujido en el edificio (si es que era un edificio, ¿cómo puedes estar seguro de nada en este manicomio?) y luego todo fue silencio otra vez. Me fui de allí; el vehículo pertenecía a una Compañía rival y lo que les sucediese a sus ocupantes (supuse que serían varios por su tamaño) no me importaba. Pronto la gasolinera o lo que mierda

fuera quedó a mi espalda y fue tragada por el mundo al curvarse tras de mí.

Todo cambia: el paisaje, el clima, hasta la atmósfera. Puedes salir de lo que parecen las ruinas de Neoyorquia para meterte de cabeza en un infierno de amoníaco en combustión, o aparecer de pronto rodeado por manadas de bichos aullantes que tratan de cerrar sus mandíbulas (o algo parecido) en torno al turbojet. Todo cambia, nada es igual. Pero el camino sigue siempre adelante, siempre adelante, siempre adelante.

Debí de estar loco cuando acepté este maldito trabajo. De hecho lo estaba, o eso dijo el juez que me sentenció por matar a la mitad de los clientes de un supermercado. Una pena que llegara la policía y me impidiera terminar el trabajo. Me estaba quedando bien de verdad; *lindo* como le oí decir una vez a un cursi de Primer Planetizaje. Fue lo último que dijo.

Supongo que no llegaré a terminar el trabajo, nadie lo ha logrado nunca; todo lo más que han conseguido algunos afortunados es encontrar una Puerta. Lógico; si alguien lo hubiera llevado a cabo no me habrían contratado a mí. Los de la Compañía pueden ser unos bastardos sin escrúpulos, pero no son el tipo de gente que tira su dinero por las buenas. Tal vez no haya forma de terminar el trabajo, a lo mejor la Carretera es infinita. He oído decir que eso es imposible, que no puede serlo. Pero ¿qué mierda saben ellos? He tirado aquí cinco años de mi vida y parece que aun tiraré más. A menos que algo me mate antes. Es bastante probable. La media de supervivencia es de tres años y yo la he rebasado con creces. No tendré siempre la suerte de cara. Algún día la Gran Rueda se moverá hacia abajo y yo con ella. Bueno, qué más da, cualquier cosa es mejor que estar en una habitación acolchada de tres por tres, hasta este infierno alienígena construido sin propósito alguno. Supongo.

—Sí, parece que reúne las condiciones adecuadas. ¿Cómo se ha comportado últimamente?

—Bueno, ya sabe cómo son. Todo indicio de agresividad parece haber desaparecido de él, pero sólo está esperando el momento para activarse de nuevo.

—Justo lo que necesitamos. ¿Aceptará?

—Es probable.

—Bien, llámelo. Quiero hablar con él. Y sin guardias.

—Por supuesto, ya sabe que monitorizaremos la conversación.

—Eso no me importa. Sólo quiero que estemos los dos solos aquí. Pueden grabar cuanto quieran.

—De acuerdo, se lo traeré enseguida.

Un cruce entre una babosa y un rinoceronte saltó ayer a la Carretera. Nunca me había pasado nada parecido. Siempre pensé nada podía posarse en ella. Me equivoqué, claro. Por suerte lo vi a tiempo y pude pasarle por encima. A lo mejor no era peligroso, quizá sólo quería jugar y que luego le acariciase el lomo. Tal vez lo habría hecho, si la cosa hubiera tenido lomo. Bueno, ahora ya quedó atrás, y la Carretera sigue frente a mí, sin acabarse, siempre recta.

I— No abandonar el vehículo salvo para repostar combustible o recoger repuestos o raciones de alimentos. Aun en ese caso, estar fuera el mínimo indispensable.

II— Si un explorador de la Compañía solicita el apoyo de un compañero, este debe prestárselo, salvo que ello implique desobedecer la Norma I.

III— Si un explorador de una Compañía rival recorre el mismo territorio que nosotros, se le debe ignorar en todo momento, salvo en el caso de que sus intenciones se revelen como hostiles.

IV— No despresurizar la cabina hasta que el ordenador de viaje haya realizado un análisis completo de la atmósfera. Aun en ese caso, estar prevenidos para un posible Cambio de Ambiente.

V— Utilizar las pastillas de sueño un mínimo de una vez cada treinta y seis horas y un máximo de una cada veinte. Toda utilización que traspase estos límites será advertida por el ordenador de viaje y comunicada a la Compañía. Las penas podrán ir desde una multa hasta la anulación del permiso de Exploración.

VI— Economizar el combustible al máximo posible, al igual que las raciones de alimentos. El Explorador nunca sabe cuándo podrá encontrar un nuevo suministro.

VII— Mantener en todo momento el procesador de aire

en perfectas condiciones. Someterlo a revisiones periódicas. La vida del Explorador depende de él.

Las Sigüientes Normas Solo Son Aplicables A
Exploradores De Clase C

VIII— Evitar todo contacto con cualquier tipo de criatura que se encuentre. Ese es un trabajo exclusivo de los Exploradores de Clase A.

IX— No salir jamás de la Carretera, bajo ninguna circunstancia, ni aun si la vida de Explorador estuviese en peligro. Sólo los Exploradores de clase B pueden investigar los alrededores de la Carretera.

Una vez, le di una oportunidad a uno. La caza es mucho más interesante cuando tu víctima tiene una oportunidad de escapar. En realidad, yo hice trampa, sabía que él jamás me podría contestar. ¿Qué les enseñan hoy día en las escuelas? En mis tiempos la educación era otra cosa, estudiábamos los días preexpansión con verdadero interés, no, lo digo de verdad, en serio, nos encantaba leer sobre el Interregno, y el nacimiento de la Confederación de Drímar. Incluso a veces estudiábamos los días anteriores a los Desórdenes, el siglo XX. Un buen número, no el XIX o el XXI, no, el XX. Siempre hay una lógica absurda y disparatada en esas cosas. Tenía que ser el XX y no otro cualquiera.

El pobre tipo me miraba aterrado. Yo me había maquillado la cara de blanco y llevaba una peluca verde. Por aquel entonces era muy delgado, así que podía representar mi papel a la perfección, parecía su doble, su doble perfecto. Si el muy imbécil me hubiera reconocido se habría salvado. Ni siquiera fue capaz de completar mi acertijo. *Vamos*, le dije, *¿qué se parece a una enorme rata voladora y tiene un nombre deportivo?*. Estúpido, me miró aterrorizado, pensando en qué clase de loco tenía ante sí. Si lo hubiera sabido, hoy aun seguiría vivo. Tuve que darle la respuesta:

—Batman, muchacho. ¿Qué si no parecería un gran murciélago y se llamaría como un bate de béisbol?

No sabía de qué carajo estaba hablando, jamás en su vida había oído hablar de Batman, de Gotham City, de Bruce Wayne o del Joker.

Lo maté de risa. Yo me reí, por lo menos.

—Supongo que sabe quién soy, señor Slovosky.

No contestó. Se limitó a mirarlo, a atravesarlo con aquellos ojos claros, casi de albino, sin expresión alguna en ellos.

—Represento a la Compañía de Prospecciones Álbrez. Soy un Buscador de Exploradores.

Al otro extremo de la mesa hubo un movimiento leve, casi imperceptible.

—Tengo autorización para sacarlo de aquí, siempre que usted acepte nuestras condiciones.

Los ojos se entrecerraron, se convirtieron en dos rendijas azules y frías. Se llevó la mano a la boca y fingió un bostezo.

—Bien, señor Slovosky, no tengo todo el día. ¿Está interesado o no?

—Usted qué cree.

El hombre del traje se sobresaltó ante aquella voz, sin tono, sin matices, como producida por un mal sintetizador.

—No me pagan para que crea o deje de creer nada. ¿Le interesa lo que tengo que decirle?

—Claro que no. Me interesa lo que tenga que ofrecerme. En cuanto a sus palabras, las puedo soportar.

Aquello fue lo más largo que Stanislav Slovosky dijo aquella tarde. Tendría tiempo, mucho tiempo, para arrepentirse de haber hablado tanto.

Ahí está, una nave de la Compañía.

—Ordenador. Modo visual. Ampliación 5-3-8. En retina. Ya.

Sí, es de los nuestros. Me pregunto qué pensarán esos tipos allá arriba, sin poder ver nada bajo la capa de nubes, pero sabiendo que nosotros (y no sólo nosotros) podemos verles a ellos. Espera, parece que suelta algo. Sí, allá va, se encienden los cohetes, se apagan. Paracaídas. Va a caer bastante lejos. Bueno, de momento no tengo problemas ni de combustible ni de comida. Sigamos.

—Ordenador. Modo visual. Estado normal. Ya.

Meto la velocidad larga. Los cohetes zumban a mis espaldas. Me pego al asiento. Por el rabillo del ojo, el mundo desaparece detrás de mí. Delante la Carretera; siempre delante.

El abajo firmante, Stanislav Slovosky, se compromete bajo contrato exclusivo con la Compañía de Prospecciones Álbrez (citada a partir de ahora en este documento como La Compañía) como Explorador de clase C con destino al planeta conocido como Bluyeiuei, sistema de Sirio (Alfa del Can Mayor), quinto planeta.

El abajo firmante se compromete, bajo pena de muerte, a no revocar los términos de este contrato. A cambio, una vez finalizado, la Compañía se compromete a un pago no inferior a los veinte (20) Óscopos/día que, en cualquier caso, podrá ser aumentado dependiendo de las condiciones de tiempo, recorrido y situación del equipo.

El abajo firmante se compromete, bajo el presente contrato, a permanecer como Explorador de clase C hasta haber recorrido de un extremo a otro la llamada Carretera que circunda el planeta citado o, en su defecto, hasta encontrar una Puerta. En caso de que el abajo firmante decidiera abandonar el planeta sin que se hubiere dado uno de los dos supuestos anteriores, la Compañía estará en su derecho de rescindir el presente contrato y someter al abajo firmante a un proceso penal que, en última instancia, podría conducir a la aplicación de la pena de muerte al abajo firmante.

El abajo firmante se compromete, además, a respetar las normas del Reglamento de Exploradores, subgrupo C. Caso contrario, la penalización podrá ir desde una multa en base a su peculio hasta la rescisión de contrato con todas las consecuencias que eso llevare consigo.

EL CONTRATANTE:

Yosúa Fernán (en representación de la Compañía de Prospecciones Álbrez)

EL REPRESENTADO:

Stanislav Slovosky

*En Primer Planetizaje, Mundoálbrez, Alfa de Centauro A,
a 19 de octubre de 438 EE.*

Un sistema simple y eficiente. El espacio justo en la carlinga para que quepa el cuerpo del Explorador. Ni más ni menos. Parte de sus terminaciones nerviosas conectadas a una serie de circuitos que se encargarán de que el cuerpo del Explorador reciba diariamente un

número determinado de descargas eléctricas que harán trabajar sus músculos. Así no engordará, y sus músculos estarán listos para la acción. No porque a la Compañía le preocupe la salud del Explorador; simplemente, si engorda, no cabrá en la carlinga, puede incluso morir, y eso sería arruinar una buena inversión.

Un sistema simple y eficiente. El cuerpo del Explorador tratado químicamente para que no necesite dormir. Pastillas de sueño que proporcionan veinte minutos de REM. Lo justo. Ni más ni menos. No es que a la Compañía le importe la salud mental de Explorador; simplemente, si enloquece no les servirá de nada y eso sería arruinar una buena inversión.

Un sistema simple y eficiente. Alimentos sintéticos con la ración adecuada de proteínas, calorías, vitaminas y sales. Todo procesable. No hay casi deshechos. El Explorador no bebe. El agua que necesita su cuerpo le es proporcionada con los alimentos. Desde luego, a la Compañía no le preocupa en absoluto la comodidad del Explorador; sólo le interesa que siga recorriendo una carretera absurda en un planeta de locos.

Ayer me encontré con el Aullador. Con lo que quedaba de él. Era un buen tipo. La primera vez que nos encontramos intentó matarme, aunque ambos trabajábamos para la misma Compañía. Luego llegamos a conocernos mejor. Me caía bien. Creo que yo a él también, o no hubiera compartido sus conocimientos informáticos conmigo. Él mejoró mi ordenador de viaje, haciendo que se adaptase a mis deseos casi como si fuera otra parte mi cuerpo. Casi. Le debí la vida a eso en más de una ocasión.

Su turbojet estaba completamente destrozado; parte de él fuera de la Carretera. No sé qué le ocurrió, qué cosa pudo abalanzarse sobre él para dejarlo así, pero tuvo que haber sido algo gordo, muy gordo. Los reflejos del Aullador eran los más veloces que haya visto en mi vida. Una vez le vi evitar una mole enorme sin que tuviera apenas espacio para maniobrar. Y lo consiguió, el turbojet salió ileso, sin un solo arañazo.

Me gustaba el Aullador. Se tomaba la vida como le venía, que es la única forma sensata de tomársela. Recuerdo nuestro último encuentro. Fue hace poco más de dos meses. Él venía hacia mí, me reconoció y empezó a hacer locuras con el turbojet. Luego paramos y estuvimos hablando un rato bastante largo. Por suerte, había un

suministro de alimentos y combustible cerca de donde estábamos y pudimos engañar a nuestros ordenadores para salir de los turbojets. Siempre que abandono la carlinga pienso que no voy a poder dar un solo paso, que acabaré tendido de bruces en el suelo, hasta que algo desconocido llegue y me devore. Pero no, las malditas micro-corrientes mantienen nuestros músculos en perfecto estado, lo suficiente al menos como para poder caminar e incluso correr si lo deseamos.

Estuvimos allí fuera un par de horas, hablando de trivialidades. Él era de Tierra, de Europa si no recuerdo mal. Y ahí estaba ayer, con el cuerpo destrozado sobresaliendo a medias del turbojet. Me caía bien, me gustaba. Quizá en otro mundo, en mi vida anterior, se habría convertido en una de mis víctimas, o yo en una suya, quién sabe. Pero aquí fuimos amigos. Lo apreciaba, maldita sea. Y ahora sólo es un montón de carne medio podrida asomando entre los restos de un turbojet.

Así acabaré yo. Tarde o temprano algo me encontrará y hará conmigo lo mismo que hizo con el Aullador, o cualquier otra cosa. En ese momento dejaré de existir.

Estuve allí parado, contemplando los restos del turbojet y del Aullador hasta que el maldito ordenador de viaje me informó de que estaba sobrepasando el tiempo de pausa permitido. Puse la velocidad máxima y me fui de allí.

BLUYEIUEI:

QUINTO PLANETA DE SIRIO (ALFA DEL CAN MAYOR). NO APTO PARA COLONIZACIÓN. TERRITORIO EXCLUSIVO DE LAS COMPAÑÍAS DE PROSPECCIÓN.

GENERALIDADES E HISTORIA

VISIBILIDAD DESDE ÓRBITA

TRAZADO DE LA CARRETERA

SUBCLASES DE EXPLORADORES

ESPECIES ANIMALES Y VEGETALES

ATMÓSFERA Y AMBIENTES

PUERTAS

VISIBILIDAD DESDE ÓRBITA:

LAS CONDICIONES DE VISIBILIDAD DEL PLANETA DESDE UNA ÓRBITA CERCANA SÓLO PUEDEN SER DESCRITAS COMO NULAS. COMO SE PUEDE VER EN EL GRÁFICO ANEXO (F1), LA APARIENCIA

DE BLUYEIUEI ES LA DE UNA ESFERACUBIERTA DE NUBES. TALES NUBES HAN DEMOSTRADO SER IMPENETRABLES A CUALQUIER TIPO DE SONDA ELECTROMAGNÉTICA. SIN EMBARGO, ESTO NO SIGNIFICA QUE LAS RADIACIONES NO ATRAVIESEN LA CAPA DE NUBES, SINO QUE NO REGRESAN. EL PLANETA ABSORBE CUANTA ENERGÍA LLEGA A ÉL, SIN DEVOLVER NADA. ÉSAS SON, CUANDO MENOS, LAS APARIENCIAS, PUES SABEMOS POSITIVAMENTE QUE TAL FENÓMENO ES IMPOSIBLE, HARÍA YA TIEMPO QUE EL PLANETA NO EXISTIRÍA, DESTRUIDO POR LA BRUTAL SOBRECARGA DE ENERGÍA.

HEMOS DE CREER, PUES, QUE UTILIZA DE ALGUNA FORMA LAS RADIACIONES QUE LLEGAN A ÉL. LAS TEORÍAS SOBRE EL PARTICULAR SON EXTENSAS Y VARIADAS, DESDE QUE LAS USA PARA CREAR LOS DISTINTOS AMBIENTES QUE RODEAN LA LLAMADA CARRETERA, HASTA QUE SIMPLEMENTE LAS DISIPA DE UNA FORMA QUE NOSOTROS SOMOS INCAPACES DE DETECTAR.

DE CUALQUIER MODO, ES EVIDENTE QUE LAS RADIACIONES ELECTROMAGNÉTICAS Y, EN CONCRETO, LA LUZ VISIBLE, LLEGAN AL PLANETA. ESO LO DEMUESTRAN LAS DISTINTAS OBSERVACIONES POR PARTE DE LOS EXPLORADORES, PARA LOS QUE EL CIELO ES PLENAMENTE NORMAL Y EN EL QUE HAN DESCUBIERTO CONSTELACIONES CONOCIDAS JUSTO EN EL LUGAR EN EL QUE DEBEN ESTAR, ASÍ COMO NAVES EN TRÁNSITO O EN ÓRBITA.

ASÍ PUES, LA CAPA DE NUBES ACTÚA COMO UNA RED DE UNA SOLA DIRECCIÓN: LAS RADIACIONES ELECTROMAGNÉTICAS PUEDEN ATRAVESARLA EN DIRECCIÓN AL PLANETA, PERO NO HACIA EL ESPACIO. POR ESO LOS EXPLORADORES PUEDEN RECIBIR TRANSMISIONES DESDE LAS NAVES DE SUS COMPAÑÍAS, PERO SON INCAPACES DE TRANSMITIR A SU VEZ. SÓLO UNA COSA HA DEMOSTRADO SER CAPAZ DE ATRAVESAR EL ESCUDO QUE ENVUELVE EL PLANETA: UNA LÁSER DE RAYOS GAMMA, PERO SU COSTE HACE DESACONSEJABLE SU UTILIZACIÓN SALVO PARA CASOS DE EMERGENCIA. LOS EXPLORADORES LO USAN SOLO CUANDO HAN ENCONTRADO UNA PUERTA Y DESEAN SER SACADOS DEL PLANETA. EN OTRAS OCASIONES ES EL PROPIO ORDENADOR DE VIAJE EL QUE LO UTILIZA, PARA COMUNICAR QUE SU EXPLORADOR HA QUEBRANTADO EL CONTRATO. EN EL RESTO DE LOS CASOS, EL EXPLORADOR NO PUEDE COMUNICARSE CON SU BASE.

HASTA EL MOMENTO SÓLO CONOCEMOS EL PLANETA POR LOS MAPAS, MÁS O MENOS DETALLADOS, QUE LOS EXPLORADORES SUPERVIVIENTES HAN HECHO LLEGAR A NUESTRAS MANOS. ÉSOS

MAPA NO DEMUESTRAN NADA, APARTE DE QUE BLUYEIUEI PARECE CARECER DE LÓGICA ALGUNA. SE HAN DADO CASOS, INCLUSO DE QUE DOS EXPLORADORES PASARAN POR LA MISMA ZONA Y QUE ESTA SE REVELASE COMO COMPLETAMENTE DISTINTA A LA DE SU COMPAÑERO, O COMPETIDOR SEGÚN FUERA EL CASO, EN EL MAPA.

Es de noche. Va siendo hora de que tome una de las pastillas de sueño. No me gustan, nunca me han gustado. Pero necesito dormir, en realidad necesito soñar, y sin las pastillas nunca podría. Los de la Compañía son unos hijos de puta bastante retorcidos. Primero nos tratan químicamente para que no nos sea necesario dormir y luego nos dan unas pastillas que nos proporcionan una media hora de sueños concentrados. Es por nuestra salud mental, dicen. Si es por nuestra salud mental bien podían haber dejado nuestro cuerpo como estaba. Pero no, claro, eso significa ocho horas de sueño como mínimo, ocho horas improductivas para la Compañía. Y no se lo pueden permitir, ya pierden bastantes Exploradores.

Cojo la pastilla del botiquín. Se deshace lentamente en mi boca, con un sabor dulzón y empalagoso que muere en una gota de amargor. La Carretera se desvanece ante mí. Estoy a merced del ordenador de viaje.

Veinte minutos más tarde despierto en medio de un infierno de llamas de todos los colores. Dentro de la cabina hace un calor de mil pares de narices. Imagínate fuera. Cientos de lucecitas se encienden y apagan en el tablero de mandos. El ordenador se ha vuelto loco. Bien, bienvenido al club, chatarra electrónica, ya somos dos.

Lentamente, las llamas se desvanecen, van quedando a mi espalda. Cuando el nuevo ambiente parece lo suficientemente seguro le digo al cacharro que pare y compruebe los daños. Después de casi diez minutos de aburrimiento, su voz artificial y asquerosamente amable me informa de que no ha ocurrido nada grave. Algunos sensores se han sobrecargado y la pintura se ha chamuscado en varios puntos. Pero hemos tenido que gastar casi la mitad del combustible que teníamos para salir de allí. Mala cosa, aunque podía haber sido mucho peor. Al menos tengo para seguir tirando un par de días o tres. Si logro encontrar un balón de combustible antes de eso estaré salvado. Si no... Bien, siempre me queda el recurso de apretar el botoncito rojo. El turbojet se elevará y alguien nos recogerá allá

arriba. Salvo que eso querrá decir que he roto mi contrato y a la Compañía no le va a hacer mucha gracia.

Mejor no pienses en eso. No pienses en nada. Sigue la Carretera y reza para encontrar combustible.

Las Puertas, ah sí, las Puertas; un tema interesante, qué duda cabe. Gracias Mijailovich, puede sentarse. Las Puertas... Vaya, se me ha apagado la pipa. Las pfchuertas. Bien. ¿Alguien está interesado en explicarnos lo que son? Tal como suponía. De acuerdo, les hablaré de las Puertas, les diré lo que sabemos de ellas: nada, ni lo más mínimo. Hasta ahora, ni uno solo de los Exploradores de clase D que han cruzado las Puertas ha regresado, si es que se habían ido a alguna parte. Sólo sabemos que están allí, en Bluyeiuei, que de vez en cuando la Carretera se bifurca y que esas bifurcaciones llevan a una Puerta. Eso es todo. Fin de la disertación. No, era una broma. Aun nos quedan unos cuantos minutos y a mí me pagan para hablar una hora entera, aunque supongo que a ustedes no les interesará lo más mínimo lo que tengo que decir. Ya que hablamos del tema, jodida pipa, tampoco estoy muy seguro de que me interese siquiera a mí. Pueden reírse, si quieren, eso fue un chiste. Tengo que dejar de fumar. Las Puertas, ¿no es eso? Un buen nombre, porque eso es exactamente lo que parecen, una puerta. Una vulgar puerta casera, un trozo de... algo rectangular con una cosa enmedio que puede ser una manilla, una cerradura, un adorno. No hay forma de saberlo. Y ahora sí que eso es todo, de verdad. Cuando un Explorador encuentra una Puerta tiene derecho a dar por terminado su contrato. Vuelve a su casa, o adonde sea, con su salario, y la Compañía envía un Explorador de clase D a que investigue la Puerta. El Explorador aterriza en Bluyeiuei, aunque aterrizar no es muy exacto, sería mejor decir... no sé... ¿bluyeiueyizar? En fin, toma tierra. A veces, si tiene suerte, el lugar donde estaba la Puerta no se ha ido (porque eso es algo que ocurre con relativa frecuencia) y la encuentra justo donde le habían dicho que estaría. Llega a ella, la cruza y desaparece. Y ahora sí que eso es todo; además va a sonar el timbre enseguida, dentro de... cinco... cuatro... tres... dos... uno... ajá. Bien, para mañana quiero un análisis de las triecuaciones de Carenkov. Buenos días.

Una vez tuve una mujer. O quizá debería decir que ella me tuvo a mí. Eso es una vieja canción preinterregno. Lo leí en uno de los libros de Laoché Hernández. Un gran tipo, el tal Laoché, habríamos congeniado, seguro. Él habría cogido mi chiste sobre Batman, sabía mucho acerca de los tiempos anteriores a los Desórdenes, especialmente de canciones, pero no sólo de eso. Lástima que lleve casi quinientos años muerto. Una verdadera pena.

Yo tuve una mujer, o ella me tuvo a mí, qué importa ahora en este infierno sin sentido. Aunque supongo que si el infierno tuviera algún sentido dejaría de ser infierno. Eran otros tiempos, como se suele decir. Hace tanto... Y sin embargo aun recuerdo su cara, la veo delante de mí todas las noches, cuando apago las luces de la cabina y me dejo guiar sólo por los faros atravesando la Carretera oscura, silenciosa. Sí, la veo con total claridad.

Una vez tuve una mujer. No era gran cosa, quizá. Pero la quería y creo que ella me quiso a mí, por lo menos al principio. No, no era gran cosa, pero tampoco lo era yo, así que encajábamos perfectamente, al menos todo lo perfectamente que se puede encajar en este universo de locos.

Una vez tuve una mujer, sí. Una vez, hace tanto tiempo... Recuerdo su cara, sus ojos. Sus ojos. ¿Por qué puede llegar a haber tanto poder en una simple mirada, tanta belleza, tanta pena, tanta dulzura? Sus ojos. Debería haber una ley contra esos ojos, algo que los prohibiese, que les impidiese venir a mí, interrumpir las pesadillas sin sentido de las pastillas de sueño y hacerme agonizar de angustia. Debería haber una ley contra sus ojos.

Tuve una mujer, sí, yo. No era gran cosa, pero era una mujer y sus ojos me miraban como... Me miraban. Nadie más tenía esa mirada. Nadie. No era gran cosa, quién mierda quería que fuese gran cosa, bastaba con que fuese ella, bastaba con sus ojos que todavía siguen mirándome.

Una vez, ¿o fue un sueño?, tuve una mujer. Ella me tuvo a mí. Sus ojos me tenían cogido, atrapado, indefenso.

Una vez tuve una mujer. Y la maté. Sus ojos no dejaron de mirarme mientras se desangraba. Esos ojos. Nunca veré unos ojos como esos. Creo que quise más a sus ojos que a ella. La maté. Y no dejó de mirarme hasta que murió. Siguió mirándome mientras se desangraba, con aquella mirada indefensa y enorme. La quería mientras un puñado de médicos decían que estaba loco. Yo la quería

mientras un abogado impotente me llamaba monstruo. La quería mientras doce personas frustradas deliberaban y me condenaban a la locura. La quería, sí, la quería. Amaba sus ojos. Creo que también a ella.

Una vez tuve una mujer. Ahora sólo tengo la Carretera. Siempre adelante. Sólo eso. Tuve una mujer, pero ya no. Ahora sólo tengo sus ojos. Y la Carretera. Deberían prohibir esos ojos, tendría que haber una ley contra ellos. Tendría que haberla.

El camino sigue siempre adelante. Sí, allí va, delante de mí, sin girar, siempre recto, estrechándose cada vez más, hasta que desaparece. Pero no desaparece, sigue allí, extendiéndose, siempre adelante.

A mí alrededor no hay nada. Quiero decir, nada que pueda ver, sólo la Carretera y a los lados algo blanco, deslumbrante, algo a lo que no puedo mirar. No hay nada, sólo la Carretera.

El camino sigue siempre adelante, sí, siempre adelante. Eso lo dijo... ¿Quién? Alguien, creo. Sí, alguien. Siempre adelante, no se detiene.

El resplandor blanco se desvanece, estoy en medio de un grupo de construcciones disparatadas, sin sentido, hechas de un material rugoso, extrañamente poroso. Parece palpitar, como si respirase. Absurdo. Le pido al ordenador que comprueba la atmósfera. Irrespirable, como suponía. Alta concentración de CO₂, apenas hay oxígeno.

Y el camino sigue siempre adelante. *The road goes ever on and on*. Ahora lo recuerdo, es anglo antiguo. Y fue Frodo quien lo dijo, no, Bilbo. O ambos. No importa. El camino sigue siempre adelante.

—Bueno, cacho mierdas, a ver qué podéis hacer con esto.

Cacho mierdas. Así nos llamaba. Cacho mierdas. No éramos más que eso para él, pedazos de basura que tenía que entrenar para que sobrevivieran en un planeta al que una raza alienígena había convertido en el mayor manicomio del universo.

—Tú, Slovosky, ¿no lo puedes hacer mejor? Créí que era un asesino famoso. ¿O sólo te cargabas críos indefensos, pijo impotente?

Era alto. Los primeros días me pareció inmenso, mayor que la montaña más alta. Sus músculos siempre parecían a punto de

estallar, de reventarle la camisa. Era alto y su mandíbula no era tan cuadrada como su mente. Había sido soldado. Dejó el ejército a causa del suicidio de un recluta, según el rumor que circulaba por la noche en los barracones, en voz baja para que él no pudiera oírnos. Le teníamos miedo, sí, pero creo ahora que no tanto como el que él nos tenía a nosotros.

—¿Así es como esperáis sobrevivir? ¿Es eso lo que vais a hacer cuando una cosa verde y babosa se tire a vuestro cuello? ¡Juárez, las manos quietas mientras yo hablo!

Vivía aterrorizado, sí; ahora sé que vivía con miedo, con verdadero pánico. Y nosotros pagábamos su miedo. Lo descargaba en nosotros como antes lo había descargado en el chaval que se suicidó. No es que sienta pena por él, quien no está dispuesto a vivir a cualquier precio no merece hacerlo, no importa lo puteado que estés, la vida es lo único que tienes al final, la única cosa a la que te puedes agarrar. No hay nada más, no existe nada que merezca la pena. Sí, nos tenía miedo; no a que le matáramos, no sé muy bien a qué, pero nos temía. Ahora puedo verlo al recordar sus ojillos minúsculos, como dos bolitas azul claro incapaces de ver nada. Miedo; el pobre diablo se habría cagado en los pantalones si no hubiera tenido tanto miedo a hacerlo.

—Me importa una leche lo que el ordenador de viaje pueda hacer. Os voy a enseñar a sobrevivir por vuestros propios medios aunque tenga que mataros para ello.

Y nos entrenó bien. Sí, con su mandíbula de rinoceronte nos enseñó a sobrevivir, nos mostró como valernos por nosotros mismos con el humo apestoso de su cigarro, nos hizo capaces de salir vivos del ambiente más hostil que pudo imaginar con su mente escasa y sus bíceps hipertrofiados. Nos enseñó.

Malditos cabrones. Me atacan. Supongo que están aburridos, que no tienen nada mejor que hacer. Qué maravilla, justo lo que necesitaba. Ahí bajan. Bueno, se van a enterar de lo que vale un peine.

—Ordenador, modo de ataque. Evasión 1-3-5. Ya.

Este trasto es una maravilla, qué duda cabe. Y más desde que el Aullador lo mejoró. El turbojet asciende bruscamente, ellos me siguen. No saben lo que les espera. Ahí están, justo debajo de mí. Mala cosa, tienen lasers. Bueno, allá va.

—Ordenador. Paro total. Ya.

Así, muy bien. Empiezo a caer como una piedra y ellos siguen subiendo. Seguid, seguid, pequeños. Os vais a cagar en los pantalones antes de morir. Vuelvo a sentir la vieja sensación del cazador. Dios, cuánto tiempo desde la última vez, casi no lo recordaba, es magnífico. El suelo se acerca, se va acercando. Un poco más, un poco más.

—Ordenador. Arriba potencia total. Ya.

Y vuelvo a subir. Ellos siguen allí arriba, completamente desorientados. Un buen disparo de alta energía. Demasiado fácil. Veamos lo que podemos hacer con el otro. Se gira, se dispone a enfrentarse conmigo. Disparo, pero no le doy. Excelente. Es rápido, mucho más rápido que el pobre diablo de su compañero, convertido ahora en una antorcha de metal maloliente y carne medio quemada. Buen disparo, casi me acierta. Gira, muchacho, así, muy bien.

—Ordenador. Fuego 3. Dispara objetivo. —Espero unos instantes—. Ya.

Adiós a su carlinga, a su precioso cristal de presurización. Y ahora un par de disparos más, nada importante, sólo lo suficiente como para que empiece a sentir calor. Y... Espera, un cambio de ambiente. Genial. Estamos entrando en una zona sin oxígeno. Lo veo moverse, agitarse de forma incontrolada en el reducido espacio de su cabina. Se va poniendo verde. Debe de haber algo mortal en este aire. Su turbojet se descontrola. Va a caer. Con un poco de suerte lo hará en la Carretera y, si no explota, podré coger su combustible.

Una buena cacería. Pobres diablos, nunca debieron intentar atacarme. Eran de la Compañía Stress, creo, apenas pude ver sus emblemas. Eso ya no tiene importancia.

Ha sido un buen día.

—Dígame una cosa, Snaders, ¿por qué nosotros?

El médico le miró escudado tras los cristales de sus gafas, un anacronismo que le servía de defensa, o eso pensaba él.

—¿Qué quiere decir?

—Lo sabe de sobra. ¿Por qué las Compañías escogen sus Exploradores de entre los chiflados? ¿Por qué nosotros?

El médico se encogió de hombros. Cruzó sus manos, los dedos gruesos y grasientos tamborileando.

—Bueno, es complicado, pero la experiencia nos ha demostrado que un sujeto bajo un proceso esquizofrénico responde mejor al ambiente de Bluyeiuei que lo que podríamos denominar... eh... una persona normal.

—Ya. Un tío normal enloquecería. Con nosotros no existe ese problema. Ya estamos locos.

El médico cogió su pipa y la encendió. Un nuevo anacronismo, una nueva defensa quizá. Una nube de humo azulado llenó la habitación. Olía bien.

—No es exacto. Más bien diría que su mente, por sus características especiales, está mejor preparada para adaptarse a un ambiente como el que impera en el planeta Bluyeiuei.

—Ya; un ambiente de locos, ¿no? Un ambiente sin lógica, sin propósito, como nosotros.

La pipa se apagó. El médico volvió a encenderla.

—Y dígame, ¿por qué aceptan ustedes el trabajo?

—Cualquier cosa es mejor que una habitación acolchada de tres por cuatro. Hasta un manicomio alienígena, supongo.

Llevo casi media hora aquí parado. Dentro de poco la voz de plástico del ordenador me informará de que he agotado todo el tiempo permitido para una parada. Que le den por el culo. Jamás pensé que pudiera pasarme a mí. En toda mi vida no he tenido suerte, por qué iba a tenerla ahora.

Dios, qué hago. Le digo al ordenador que arranque y tome la bifurcación. Aun no me lo creo, no es real. Pero el turbojet se desvía, salimos de la Carretera. Una bifurcación. Al final de ella habrá una Puerta, y eso significa un billete de regreso a casa. No es real, sé que no lo es.

A los pocos metros no queda rastro alguno de la Carretera. Sé que sigue allí, a mi izquierda, pero ya no la veo. El cielo también se desvanece, sólo queda la bifurcación, y oscuridad a mi alrededor. Estoy nervioso, las manos me sudan y me tiemblan. No es real, sé que no.

El tiempo pasa, pasa, pasa, sigue pasando y nada cambia. Sólo el camino, la bifurcación, sombras sin sentido a mi alrededor. Ni cielo ni tierra, solo la bifurcación y la oscuridad. Mis ropas están empapadas. El ordenador me pregunta si necesito un tranquilizante, dice que mi ritmo cardiaco se ha disparado. Que le jodan, no necesito

ningún tranquilizante, quiero asistir a esto completamente consciente, siendo yo mismo.

El turbojet se detiene. Algo le impide avanzar. Oteo frente a mí y la veo. La Puerta. Allí está. Una Puerta, dios mío, saldré de este manicomio alienígena, volveré a casa. Sólo hay que conectar el láser de rayos gamma y subir a órbita. Una nave de la Compañía me recogerá. Me pagarán y me devolverán a Mundoálbrez.

Ahí está, frente a mí, muda, inmóvil, mi billete de regreso. ¿Adónde? A ningún sitio que merezca la pena, en realidad. A otro hospital, o a la cárcel, o a eso que los estúpidos llaman el mundo real. Billete de regreso. A la locura. Billete de regreso a la monotonía, a lo gris, a los rostros carentes de pensamiento. Billete de regreso al abismo. Una Puerta, una sentencia a volver al mundo de afuera.

El ordenador me llama, me pide permiso para contactar con la Compañía e informar del descubrimiento. Le digo que espere. Lo hará, por lo menos unos minutos. Luego, quiera yo o no, llamará.

Tengo poco tiempo. Hay que decidirse. Compruebo el ambiente exterior. El aire es un poco frío, pero se puede respirar. Abro la carlinga. Salto del turbojet. La voz de chatarra del ordenador me pregunta adónde voy. Qué le importa. Llego junto a la Puerta. No parece más que eso; una puerta vulgar, como miles de ellas, salvo por el hecho de que se yergue sola e inmóvil en mitad de ninguna parte. La miro largo rato. Detrás de mí el ordenador aúlla como un loco. Dice que va a contactar con la Compañía y que si no regreso al turbojet no podré ser sacado de aquí. Idiota. Máquina estúpida.

Miro la puerta. Es un billete, sí, pero no de regreso. Mi mano se alza temblorosa hacia ella. La toco. No parece haber nada que tocar. Doy un paso. Otro. Mi nariz está a milímetros de la Puerta. Decídete. Un nuevo paso. Cruzo la Puerta.

Sobre el autor

Rodolfo Martínez (Candás, Asturias, 1965) publica su primer relato en 1987 y no tarda en convertirse en uno de los autores indispensables de la literatura fantástica española, aunque si una característica define su obra es la del mestizaje de géneros, mezclando con engañosa sencillez y sin ningún rubor numerosos registros, desde la ciencia ficción y la fantasía hasta la novela negra y el thriller, consiguiendo que sus obras sean difícilmente encasillables.

Ganador del premio Minotauro (otorgado por la editorial Planeta) por *Los sicarios del cielo*, ha cosechado numerosos galardones a lo largo de su carrera literaria, como el Asturias de Novela, el UPV de relato fantástico y, en varias ocasiones, el Ignotus (en sus categorías de novela, novela corta y cuento).

Su obra holmesiana, compuesta hasta el momento de cuatro libros, ha sido traducida al portugués, al polaco y al turco y varios de sus relatos han aparecido en publicaciones francesas.

Desde mediados de los noventa compagina la actividad literaria con su trabajo como programador para una empresa asturiana de informática.

Ciclos narrativos:

SHERLOCK HOLMES:

-*Sherlock Holmes y la Sabiduría de los muertos*. Alamut, Madrid, 2008. (Publicada originalmente como *La sabiduría de los muertos*, Fundación Dolores Medio, 1996).

-*Sherlock Holmes y las huellas del poeta*. Bibliópolis Fantástica, Madrid, 2005.

-*Sherlock Holmes y la boca del infierno*. Bibliópolis Fantástica, Madrid, 2007.

-*Sherlock Holmes y el heredero de Nadie*, Alamut, Madrid, 2008.

DRÍMAR:

- El carpintero y la lluvia*. Sportula, 2010.
- Tierra de Nadie: Jormungand*. Ediciones B, Barcelona 1996.
- La sonrisa del gato*. Miraguano Ediciones, Madrid, 1995.

LA CIUDAD:

- El abismo en el espejo*, Hegemón, Zaragoza, 2008. (Publicada originalmente como *El abismo te devuelve la mirada*, CIMS, 1999).
- Los sicarios del Cielo*. Minotauro, Barcelona, 2005.

EL ADEPTO DE LA REINA:

- El adepto de la Reina*, Sportula, 2009.

FUERA DE CICLO:

- El sueño del rey rojo*. Gigamesh, Barcelona, 2004.

Antologías:

- Callejones sin salida*. Berenice, col. El dogal negro, Córdoba 2005.
- Laberinto de espejos*. Berenice, col. El dogal negro, Córdoba 2006.

Novelas cortas:

- Las brujas y el sobrino del cazador*. Grupo Elfstone, col. Tormenta de palabras 1, Zaragoza 1995.
- «Un jinete solitario». En BEM, n° 53, 1996. Reeditado en *Antología de la ciencia ficción española (1982-2002)*, Minotauro, 2003. Reeditado en *Callejones sin salida*, Berenice, 2005.
- Los celos de Dios*. Quaderns de la UPCF 5, UPCF, Barcelona, 1997.
- El alfabeto del carpintero*. Juan José Aroz Editor, col. Espiral 11, Bilbao, 1998.
- «Territorio de pesadumbre». En *Beca Pepsi-Semana Negra 1998*, Semana Negra de Gijón, Gijón, 1999. Reeditado en *El*

doble de ciencia ficción 2 (Ediciones Robel, 2004).
-«Este relámpago, esta locura». En *Premio UPC 1998*, Ediciones B, Nova Ciencia Ficción, Barcelona, 1999. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005).

Premios:

1995

-Ignotus de cuento por «Castillos en el aire».
-Premio Asturias de Novela con *La sabiduría de los muertos*.

1996

-Ignotus de novela por *La sonrisa del gato*.
-Ignotus de cuento por «El robot».

1997

-Ignotus de novela por *Tierra de Nadie: Jormungand*.
-Ignotus de novela corta por «Un jinete solitario».

1998

-Certamen Universitario de Relato Breve Fantástico de la Universidad del País Vasco con «Tarot».
-Certamen de cuentos de Carreño (accésit) con «Piensa lo que quieras».
-Beca Pepsi-Semana negra de novela corta con «Territorio de pesadumbre».
-Premio UPC (mención del jurado) con «Este relámpago, esta locura».

2000

-Ignotus de novela por *El abismo te devuelve la mirada*.
-Ignotus de novela corta por «Este relámpago, esta locura».

2005

-Minotauro de novela con *Los sicarios del cielo*.
-Ignotus de novela por *El sueño del rey rojo*.